



MI ÚLTIMA TRAVESÍA

Francisco F. Morales

Mi última travesía

Francisco F.
Morales

Primera edición: junio de 2024

© Copyright de la obra: Francisco F. Morales

© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

Código ISBN: 978-84-128676-2-6

Código ISBN digital: 978-84-128676-3-3

Depósito legal: B 8958-2024

Corrección: Juan Carlos Martín

Maquetación: Cristina Lamata

©Grupo Editorial Angels Fortune

www.angelsfortunedititions.com info@angelsfortune.com

Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

*A mi abuelo Jesús, un hombre bueno.
In memoriam.*

*La memoria ha de servirnos para llevar siempre
en nuestros corazones a las personas buenas que
han acompañado y acompañan nuestros pasos.*

Notas del autor

Esta novela ha sido escrita para que la memoria de mi abuelo paterno, Jesús Morales Rodríguez, no quede en el olvido. Un hombre recto, trabajador, honrado, honesto y de profundas creencias, que siempre antepuso el bienestar de los demás al suyo propio, y al que quise y quiero con locura.

Un homenaje a las buenas personas y a los lugares en los que discurre, a través de la vida de un hombre bueno y de su lucha por mejorar la vida de quienes le rodeaban, superando todos los obstáculos y trabas que otros, por celos, egoísmos y envidias, le iban poniendo en su camino. También habla de sus apegos, anhelos, pasiones y sufrimientos, tanto físicos como psicológicos, de su voluntad inquebrantable siendo siempre fiel a sus principios. Una vida no exenta de luces y sombras como la de todo ser humano, pero en la que siempre prevaleció el «haz el bien y no mires a quién».

Todos los personajes que aparecen son reales, pero en esta historia se entremezclan los nombres auténticos de unos junto a los nombres ficticios u omitidos de otros, que todo lector o lectora perspicaz podrá identificar y extraer sus propias conclusiones del porqué fue escrita de este modo.

Esta obra representa, también, a todas aquellas personas que tuvieron y tienen el valor de luchar sin descanso y de sobreponerse a todas las adversidades, sin dejar nunca de ser fieles a sí mismas, a sus valores y principios éticos y morales.

Las situaciones narradas están fielmente basadas en sus recuerdos, los cuales dejó recogidos de manera manuscrita.

Francisco F. Morales (O trasgo das verbas)

25 de agosto de 1980

Ya llegó la hora de subir al barco. En el muelle, los últimos besos, las últimas palabras, los últimos abrazos. Con paso cansino me dirijo hacia el buque y a media pasarela, mecido por su suave vaivén, me detengo un instante y vuelvo la cabeza para verlos una vez más, antes de embarcar definitivamente. Tengo unas ganas enormes de volver atrás, pero este viaje es ineludible y ellos lo comprenderán. Espero que permanezcan todos bien hasta nuestro reencuentro. Una vez en la cubierta, apoyo mis brazos en la borda y observo como aún quedan algunos pasajeros despidiéndose de sus seres queridos. Otros, la mayoría, ya han embarcado o lo están haciendo en este preciso instante. Algunos han llegado al muelle solos y con los ojos llorosos, otros traen toda una comitiva de despedida, tal vez sean gentes importantes o muy conocidas o muy queridas. A mí me llega con mi familia, es todo lo que tengo y es todo lo que quiero tener aquí y ahora.

Como en cualquier viaje, somos personas de todas las edades, procedencia y condición, pero... ¿será realmente como en todos los viajes? La gran mayoría viajamos solos y todo el que embarca sube con su equipaje de mano: unos con una pequeña bandolera, otros con mochila y los más con una maleta. Si te fijas, son todos de diferentes tipos, tamaños y colores, pero... ¿tan solo un bulto por pasajero? Yo no he visto que se hayan embarcado más

equipajes... ¡ni provisiones! Que extraño, aunque tal vez lo hayan hecho antes de llegar yo al puerto.

Cuanto más lo observo, más familiar me parece este barco. Es como si ya hubiera viajado en él, mucho, pero que mucho tiempo atrás. Esto me produce una sensación de paz y bienestar difíciles de explicar, a pesar de la lógica inquietud que todo viaje infunde y de la tristeza y preocupación que me produce el alejarme de mis seres queridos. Me parece que yo soy de los pasajeros de más edad, pero es curioso que aquí dentro me siento con espíritu joven, como si las limitaciones de mi anciano cuerpo no fueran ningún obstáculo.

Ya han retirado la pasarela y el barco comienza a alejarse del muelle. Poco a poco, las figuras de los míos se van desvaneciendo en la distancia y también se va desdibujando la línea de la costa. Nos vamos adentrando en alta mar y, aunque os parezca mentira, no recuerdo haber visto nuestro destino en el pasaje.



El viaje ha comenzado

A mis pies está mi maleta, esa fiel compañera de cada viaje. Es mi vieja maleta de cuero, ya muy gastado por el paso del tiempo y los avatares propios de los diferentes viajes acumulados; sus cinchas y asa también son de cuero, y las hebillas y cerraduras, metálicas.

La travesía promete ser larga y me siento cansado, así que me voy a retirar a mi camarote.

Este camarote es pequeño, pero acogedor y parece tener todo lo que puedo precisar durante el viaje: un camastro limpio que parece confortable, un pequeño armario, un butacón junto al camastro, una balda que hace las veces de una mesilla de noche, un colgador tras la puerta que aprovecho ya para colgar el «tejado», es decir, mi inseparable boina, un recogido escritorio con lamparilla de lectura y su silla correspondiente, un ojo de buey y la puerta de acceso al baño, echaré un vistazo... lavabo con espejo, baldas para poner las cosas de aseo, un váter, la ducha y un par de toallas, bien, no es necesario nada más. Voy a colocar la maleta sobre el camastro y la abriré para sacar la ropa y aprovecharé para ponerme algo más cómodo. No hay mucho que sacar, pero lo iré poniendo sobre el camastro y así me será más rápido y fácil de organizar en el armario: un par de cambios, un par de mudas, los zapatos de recambio, las zapatillas, otra corbata, el pijama, las cosas de aseo personal, y una antigua cajita

de lata para galletas, donde guardo algunos de los recuerdos que han marcado mi vida y que siempre van conmigo y, como no podía ser de otra manera, mis queridos cuadernos manuscritos y artesanales. Como espero que la travesía sea tranquila y no haya mucho que añadir a mis memorias, puede ser un buen momento para releer lo escrito y recordar lo andado por la vida hasta este momento.

Primero me quitaré el traje y ya lo cuelgo en una de estas perchas del armario; la camisa y la corbata, también; la ropa interior me la dejaré puesta, por si al caer el día no funciona bien la calefacción del barco. Lo demás lo dejaré bien organizado en los cajones y los zapatos bajo las perchas. De paso, ya me pongo el pijama y las zapatillas. Las cosas de aseo las llevaré al baño.

Sentado en este butacón y con el vaivén de las olas, siento como si me estuvieran meciendo y empiezan a pesarme los ojos, los cerraré y me dejaré llevar unos instantes por Morfeo.

Un grito profundo, intenso y desgarrador, que me produce una sensación de miedo e inseguridad como no recuerdo haber vivido antes, y una hoja del calendario se desliza hasta el suelo, es el 31 de octubre de 1895. No puedo abrir los ojos, pero oigo a mi alrededor voces y un gran trajín. De repente alguien me toma en sus manos y me alza cual paquete, y con el susto rompo a llorar desconsoladamente; acto seguido, siento que unos brazos me cobijan y arropan sobre una cama; siento una enorme sensación

de hambre y busco desesperadamente un pecho con mi boquita. Al encontrarlo, la piel con piel, la dulzura de esa voz y ese latir familiar y acompasado del corazón, me hacen entender que estoy en lugar seguro, me tranquilizo y comprendo que acabo de nacer y estoy en brazos de mi madre. Acaba de decir Jesús. ¿Quién será Jesús? ¿Tal vez sea yo? Vuelvo a escuchar ese nombre y siento una tierna caricia en mis mejillas. Sí, ahora estoy seguro de que soy yo. ¡Soy un recién nacido!

Sobresaltado, abro los ojos para percatarme de que me había quedado traspuesto. Algo mareado y confuso, me dirijo al pequeño aseo del camarote y me pongo frente al espejo ovalado que está sobre el lavabo. Me veo algo borroso.... Yo siempre he gozado de una vista excelente, sobre todo de lejos, aunque es cierto que, desde joven, en la Argentina, comencé a utilizar gafas, pero solo para el trabajo, para leer... creo que cuando llegue a puerto tendré que hacerme una revisión de la vista.

Me lavaré un poco la cara para despejarme y me acercaré al ojo de buey para ver el mar, este océano que vuelvo a surcar. No hace mucho que hemos zarpado, pero el sol ya perfila su atardecer en el horizonte y el vaivén acompasado de las olas invita a una lectura tranquila y reposada; tomaré la primera de las libretas y me sentaré nuevamente en el butacón, pero en esta ocasión para

abrirlo y comenzar la andadura por estas hojas que he escrito a vuelapluma, con la intención de no dejar escapar los recuerdos.

Encenderé la luz, la luz natural que entra por el ojo de buey es tan tenue que me obliga a leer con la luz eléctrica encendida.

Nacimiento e infancia

Mi nacimiento tuvo lugar en Vilanova de Arousa, durante la minoría de edad de Alfonso XIII, bajo la regencia de su madre María Cristina de Habsburgo-Lorena, siendo presidente del Gobierno Cánovas del Castillo, en la época conocida como de Restauración. A finales del siglo XIX e inicios del XX, Vilanova de Arousa era una pequeña población de apenas seis mil quinientos habitantes, a escasos 10 kilómetros de Vilagarcía de Arousa, que en esta época ya contaba con ferrocarril, además, como producto de las empresas establecidas y del puerto de pasajeros existente, con entrada y salida regular de emigrantes, contaba con numerosos consulados. En Vilanova casi no existían viviendas con agua corriente, solo la tenían las familias más pudientes, la gran mayoría la teníamos que ir a buscar a las fuentes públicas o la tomábamos de los pozos particulares construidos dentro de los patios o huertos de las casas; tampoco todas las casas disponían de luz eléctrica, que era de muy baja intensidad y con frecuentes cortes de luz, y el alumbrado público no alcanzaba a todas sus calles; la mayoría de estas eran de tierra, solo las más principales estaban empedradas y las comunicaciones entre las localidades de la zona se hacían caminando, a caballo o en carros tirados por bueyes o diligencias.

«Pues bien, como ya dije nació en Vilanova de Arousa. Fui el primogénito de ocho hermanos nacidos en el hogar de una familia obrera. La casa en la que nació era propiedad de mi madre, Juana, buena costurera y modista. Ella era bajita, muy buena y muy guapa, de carácter recto, pero muy amable y humana. Mi padre se llamaba Francisco; también guapo mozo y recto en el mando. Era patrón, capitán de barcos de cabotaje a vela. Hacían buena pareja y eran muy queridos y apreciados. La casa de madre, sita en una calle cortada del barrio llamado Castro, tenía escaleras de piedra, para desde la calle subir al piso; el bajo estaba destinado a bodega y en la parte posterior estaba la huerta. Su pared o muro daba al mar y en él, rompían las olas cuando soplaba fuerte el temporal. Tenía unas buenas vistas, dominando el puerto y hasta la isla de Arousa».

En esta localidad transcurrieron los primeros catorce años de mi vida, entre juegos infantiles, la escuela y los primeros trabajos.

Cosas de niños

—Jesusiño, ven, vamos a la tienda.

—Sí, madre.

—Pórtate bien ¿de acuerdo?

—Sí, madre.

«Me aburría, así que decidí acercarme a la playa, que estaba muy cerca; solo tenía

que cruzar la calle y ya estaba.

Me gustaba un barco que estaba varado sobre la arena...».

—¡Hola!

—Hola, *rapaz*.

—¿Qué están haciendo?

—Estamos calafateando el barco.

—¡Ah!

«Me gustaba aquella caja que estaba sobre la arena cerca del barco. ¡Estaba llena

de compartimentos con diferentes tipos de clavos! Había unos que me encantaban, así que cogí dos y volví a la tienda...».

—¡Adiós!

—¡Adiós, *rapaz!*

—¿Dónde te habías metido, Jesusiño?

—Me aburría y fui hasta la playa, madre.

—Pues que sea la última vez que te vas de mi lado sin decírmelo antes.

—Sí, madre.

—Volvamos a casa.

«Estaba contento de haber vuelto a casa y de ponerme a jugar con los clavos que había cogido...».

—Jesusiño, ¿qué es eso que tienes ahí?

—Dos clavos.

—¿De dónde los has sacado? ¿Quién te los ha dado?

—Los cogí de una caja que tenían unos hombres en la playa.

—¿O sea que no son tuyos y nadie te los dio? No está bien coger lo que no es tuyo y menos sin permiso; así que vamos ahora mismo a la playa, a donde estén esos hombres de los que me hablas y los devuelves a su sitio, y además les pides perdón por habértelos llevado sin permiso.

—Pero, madre...

—Ni pero, ni pera. ¡Vamos!

«Qué vergüenza sentí al tener que pedir perdón. ¡Si solo eran clavos y allí había muchos!».

—Buenos días, señores, mi hijo viene a devolverles algo que se ha llevado sin permiso. Jesús, pon los clavos en su sitio.

—¡Ay! —esa palmada de madre me dolió, pero cualquiera decía nada.

—No tiene importancia, señora; son *cuosas de rapaces*.

—Sí, sí que tiene importancia. Tiene que aprender a respetar las cosas de los demás y a no coger lo que no es suyo.

—En eso lleva usted razón.

—Buenos días, señores.

—Buenos días, señora.

«¡Pero aprendí la lección! En toda mi vida jamás volví a quedarme con nada que no fuera mío...».

«Cuando tenía unos cuatro años cambiamos de casa y de barrio. Esta era de

alquiler y estaba en el centro del pueblo, hasta que arreglasen la casa de padre,

sita en la Plaza Mayor, también llamada de La Pastoriza, cosa que sucedió pronto.

Los niños de este barrio se consideraban los más listos y finos. Yo pronto me adapté a ellos y fui bien recibido».

Mi primer viaje a Marín

«¡Qué emocionado estaba! Mi primer viaje lejos de Vilanova de Arousa, por lo

menos, por lo menos 40 kilómetros, pensaba yo, ja, ja, ja, e íbamos a estar varios

días.

¡Marín! ¡Qué grande y qué bonito me pareció! Allí mi padre tenía familia y

amistades. Todos me miraban y me decían cosas. Me sentía un poco agobiado,

porque no me gustaba demasiado hablar. Estábamos allí, porque mi padre tenía

que tomar el mando de los primeros barcos destinados a la pesca de arrastre en

pareja. Durante aquellos días fue mi aniversario».

—¡Feliz cumpleaños, Jesusiño! ¡Seis años!

—¡Ya eres todo un hombrecito!

—¡Gracias, madre! ¡Gracias, padre!

«¡Mi madre me había hecho un bizcocho! ¡Qué rico estaba!».

—Dentro de unos días volveremos a Vilanova.

—¿De verdad? Tengo muchas ganas de ver a mis amigos y de jugar con ellos en la plaza y en la playa.

«Recordé siempre aquella visita, quedándome grabados algunos detalles que aún no se me borraron».



Acerca del autor

Francisco Fernando Morales Virgós, nieto de Jesús Morales Rodríguez, nació el 16 de agosto de 1958 en Pontevedra. En 1985, y por motivos familiares, se trasladó a la ciudad de Castelldefels, en Barcelona, donde actualmente reside.

Casado desde 1982 con la escritora Mali Fariña, son padres de cinco hijos: Tono, ya fallecido, Santi, Ferddy, Alberto y Pablo.

Estudió Magisterio en la Escuela de Formación del Profesorado de su ciudad natal, finalizando los estudios como número uno de su promoción, aprobando las oposiciones al año siguiente. Ejerció

como maestro de Primaria en escuelas de As Neves, Marín y Cangas do Morrazo. La escuela en la que desempeñó los últimos treinta y tres años de su tarea docente fue en la “Escola Margalló” de Castelldefels, en la que además de ejercer como tutor en todos los cursos desde Infantil de 5 años hasta 6º de Primaria, también desempeñó diferentes cargos entre los que destacan el de coordinador de informática y el de director del centro, así como ser, también, el autor de la letra y melodía del himno de la escuela. Entre los diferentes estudios y cursos de formación realizados a lo largo de su trayectoria, cabe mencionar dos de los obtenidos a través de la UNED: el de Experto Universitario en Internet y sus Aplicaciones y el Máster en Heráldica, Genealogía, Nobiliaria y Derecho Premial.

Como miembro de la Asociación Academia de Genealogía y Heráldica de Galicia, de la que llegó a ser delegado para Cataluña, tuvo el honor de, como autor-investigador, participar junto con sus padres Francisco Fernando Morales Santiago y M^a del Rosario Virgós de Cea, entre otros, en la elaboración de los tomos de Heráldica y Genealogía integrados en la Enciclopedia de la Editorial Hércules “Proyecto Galicia”.

Fue miembro de la Sección de la Adoración Nocturna Española en Marín llegando a ejercer el cargo de presidente.

Entre sus múltiples aficiones siempre ocupó un lugar destacado el deporte, habiendo practicado de manera más asidua la natación, el baloncesto, el taekwondo, el fútbol sala, el pitch&put, el tenis y

el pádel. Pero todo este currículum carece de importancia ante su auténtica pasión, la cual tiene nombres propios: su nieta Eyre y sus nietos Yago y Bosco, los cuales llenan de luz su vida y su alma.